

El ojo de Nemesisio

Una condecoración municipal de indiscutible acierto nos hizo retener la mirada en Nemesisio Antúnez, un pintor que nos llama en las noches desde el televisor a poner ojo con el arte.

Ese ojo constante invita a descubrir mundos casi desconocidos para la mayoría. Señala el oficio insigne de los maestros clásicos, la exuberancia de los impresionistas, el encanto de algún paisaje de Valenzuela Llanos o los torbellinos alucinantes de Roberto Matta. La cámara muestra los detalles, penetra en las intenciones de los artistas, explica los estilos. Todo en apenas dos o tres minutos.

Las imágenes de Antúnez son mágicas. Nos distraen de la lectura del diario y de la inquietante crónica de todos los días. Pasan como un arcoiris después de la tempestad.

La voz que explica es reposada y paternal. Quiere enseñar con máxima sencillez y entregar una llave para abrir las cajas de los tesoros de arte. Después, ya sabremos algo de un pintor que nos puede salir al encuentro en cualquier momento y cuyas exposiciones veremos con algún antecedente.

La pasión didáctica y difusora de Antúnez no ha paralizado nunca sus propias creaciones.

Es uno de los grandes pintores de Chile en este siglo y es posible reconocer sus obras a primera vista en cualquier parte. Ha explorado todos los estilos sin adherir a ninguno por mucho tiempo. Ahí están los paisajes, los bailarines de tango, las visiones del mar, los hombres tristes, los amantes gozosos. "Las tierras de Antúnez -escribió Neruda- no son espacios vacíos. Hombres y cosas se integran tíeramente en esta continua existencia y tienen vida, expresión, aromas propios e imborrables".

En otros tiem-

pos, Antúnez transformó un abandonado museo de la Quinta Normal en un centro de arte moderno. Organizó una exposición histórica, "De Cezanne a Miró", en la que vimos por primera vez los originales de los más grandes pintores de nuestra época. Luego, convirtió el Museo de Bellas Artes, que era un mausoleo, en un lugar vivo y abierto a todas las generaciones y las inquietudes.

Repitió la hazaña al ser restablecida la democracia. Ha llevado al museo a los jóvenes siempre reticentes y ha convocado a todos los que, teniendo talento, no cuentan con un lugar donde exponer sus obras.

Al comienzo, nadie quería penetrar al imponente edificio del Parque Forestal. Los enamorados, los padres con sus niños, los jubilados, los vagabundos que frecuentan el paseo, creían que sus solemnes escaleras y sus grandes salas eran inaccesibles y que serían expulsados por los porteros apenas pusieran los pies allí. El director Antúnez salía a la puerta a invitar a los transeúntes "Pase señor, señora, verá aquí cosas muy lindas".

Así el museo empezó a ser poblado por visitantes nada tradicionales. Se han sucedido allí varias exposiciones memorables: Matta,

Venturelli, Guayasamin, una colección de Manet a Chagall, pintores franceses, españoles, suecos, mexicanos, muestras permanentes de la nueva pintura y escultura chilenas. El arte de cualquier país o época tiene allí acogida.

Sólo los males físicos han detenido el dinamismo difusor de Antúnez. Quiere dedicarse ahora a su propia obra. Pocos han hecho tanto por acercar el arte a la gente. La tenaz gota de agua de Antúnez ha horadado la roca. Una hazaña que reclama la condecoración de nuestra gratitud.

